

LECTIO DIVINA

VIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

5 de marzo: MIERCOLES DE CENIZA, inicio de Cuaresma

El miércoles de ceniza obliga el ayuno (solo se puede hacer una comida o ninguna) y
abstinencia (solo comer carne de pescado)

(2 de marzo 2025)

Sir 27,5-28 Sal 91 1Cor 15,54-58 Lc 6,39-45

TEMA

El camino no siempre es claro a lo largo del recorrido de la vida. A lo largo del camino recibimos indicaciones, sugerencias, orientaciones, propuestas. ¿Cómo podemos discernir las indicaciones buenas de las malas, aquellas que nos dan pistas correctas y aquellas que nos llevan a callejones sin salida? ¿Son todos aquellos que se presentan como “guías” dignos de nuestra confianza? La Palabra de Dios que nos propone la liturgia de este domingo nos invita a reflexionar sobre esto.

En el Evangelio, Jesús pone en guardia a sus discípulos contra los “guías ciegos”, soberbios y prepotentes, sedientos de protagonismo, cuyo interés está en sus proyectos personales y no en el bien de los hermanos. Los caminos que nos señalan no conducen a la vida. Los discípulos podrán detectar a estos “falsos maestros” por sus acciones y sus palabras, que terminan revelando los intereses inconfesables que esconden en su corazón. Si las propuestas que nos presentan no están alineadas con las propuestas de Jesús, estos “guías” no deben ser escuchados.

La primera lectura, en la misma línea, nos ofrece un consejo muy práctico, pero también muy sabio: no juzguemos a las personas por su primera impresión, por el modo en que se presentan o por las actitudes más o menos exuberantes que muestran: dejémosles hablar, escuchemos lo que dicen, porque las palabras revelan, antes o temprano, la verdad o la mentira que hay en cada corazón.

La segunda lectura nos trae la conclusión de una catequesis de Pablo de Tarso sobre la resurrección de los muertos. Es un tema sustancialmente diferente al que aparece en las otras dos lecturas de este domingo. Podemos decir, sin embargo, que la resurrección, la vida plena, es la meta final del camino para quien se deja guiar por Jesús y vive según su Evangelio.

Sirálide 27,5-28

*Al agitar el cernidor, aparecen las basuras;
 en la discusión aparecen los defectos del hombre.
 En el horno se prueba la vasija del alfarero;
 la prueba del hombre está en su razonamiento.
 El fruto muestra cómo ha sido el cultivo de un árbol;
 la palabra muestra la mentalidad del hombre.
 Nunca alabes a nadie antes de que hable,
 porque ésa es la prueba del hombre. Palabra de Dios.*

AMBIENTE

El Libro del Ben Sirá (llamado, en su versión griega, “Eclesiástico”) es un libro de carácter sapiencial que, como todos los libros sapiencial, pretende dejar a los aspirantes a “sabios” indicaciones prácticas sobre el arte de vivir bien y ser felices. Su autor parece haber sido un tal Jesús Ben Sira, un “sabio” israelita que vivió en la primera mitad del siglo II a. C. (Cf. Si 51,30).

El tiempo de Jesús Ben Sirá fue un tiempo turbulento para el Pueblo de Dios. Cuando Alejandro de Macedonia murió en el año 323 a. C., su imperio quedó dividido entre dos familias: los Ptolomeos y los seléucidas. Inicialmente, Palestina estaba en manos de los Ptolomeos de Egipto; y, en los años del gobierno ptolemaico, el Pueblo de Dios pudo, en general, vivir en fidelidad a su fe y a sus valores ance-

trales. Sin embargo, en el año 198 a. C., después de la batalla de Panias, Palestina quedó bajo el dominio de los seléucidas (una familia descendiente de Seleuco Nicanor, general de Alejandro). Los seléucidas, especialmente Antíoco IV Epífanes, intentaron imponer, a veces por la fuerza, la cultura helénica. En este contexto, muchos judíos, seducidos por la brillantez de la cultura griega, abandonaron los valores tradicionales y la fe de sus padres y adoptaron comportamientos más acordes con la “modernidad” y la presión ejercida por las autoridades seléucidas. La identidad cultural y religiosa del Pueblo de Dios estaba así en grave peligro... Jesús Ben Sira, judío “sabio” y apegado a las tradiciones de sus antepasados, comprendió que debía desarrollar una reflexión que ayudase a sus conciudadanos a permanecer fieles a los valores tradicionales. En su libro, que escribió con este propósito, Jesús ben Sira presenta una síntesis de la religión tradicional y la “sabiduría” de Israel y busca demostrar que es respetando su fe, sus valores y su identidad que los judíos pueden descubrir el camino seguro para ser un Pueblo libre y feliz.

El texto que nos propone la liturgia de hoy forma parte de una unidad literaria (cf. Si 26,28-27,7) que presenta algunas “perlas” de la sabiduría del Pueblo de Dios. El tema desarrollado parece un tanto heterogéneo, pues reúne dos temas aparentemente inconexos entre sí: el trabajo de los comerciantes (una profesión que era considerada “dudosa”, sobre todo si se comparaba con el trabajo de quienes vivían del cultivo de la tierra) y las palabras que revelan la realidad interior del hombre; sin embargo, ambos temas parecen perfectamente entrelazados. El desarrollo del tema se teje, a la antigua usanza sapiencial, a partir de frases deducidas de la experiencia práctica y de la propia reflexión (por ejemplo, “no alabar a nadie antes de que hable”); el propósito de estas frases es guiar la conducta del hombre, preservándolo del fracaso, del fracaso, de las conductas y juicios erróneos.

MENSAJE

¿Es posible conocer los corazones de los hombres? ¿Debemos confiar en los comerciantes, que están expuestos a todo tipo de tentaciones y que, por amor al dinero, son capaces de recurrir a todo tipo de engaños? ¿No está siempre el pecado al acecho en el proceso de compra y venta (cf. Si 26,28-27,3)?

Jesús ben Sira utiliza tres imágenes para advertir al aspirante a “hombre sabio” que tiene que tratar con mercaderes sin escrúpulos. La primera imagen es la del harnero (v. 4). Las mujeres palestinas utilizaban el tamiz para separar los granos de la paja y las hojas; Ahora bien, así como el harnero expone la “basura” que no interesa y que debe ser tirada, así también el acto de hablar expone los defectos de los hombres. La segunda imagen es la del horno (v. 5). El horno, con sus altas temperaturas, pone a prueba la calidad de las ollas de barro que se colocan en él; pues bien, así como las altas temperaturas del horno muestran la resistencia o fragilidad de las vasijas de barro, también las palabras de un hombre manifiestan la calidad de sus pensamientos. La tercera imagen es la del árbol (v. 6). Los buenos árboles producen buenos frutos y los malos árboles producen frutos inútiles; ahora bien, así como el fruto revela el ser del árbol, así también las cosas que un hombre dice revelan claramente lo que hay en su corazón.

Es posible para el hombre fingir, engañar, disfrazar, escenificar ciertos tipos de comportamiento; pero la palabra lo revela y pone al descubierto sus sentimientos más profundos. La conclusión obvia de la reflexión del sabio Jesús ben Sirá aparece en verso. 7 (“*Nunca alabes a nadie antes de que hable, porque ésa es la prueba del hombre*”): no debemos dejarnos condicionar por primeras impresiones o por gestos más o menos teatrales que no significan nada; Saquemos nuestras conclusiones después de que el hombre habla, pues sólo la palabra expresa la abundancia del corazón.

ACTUALIZACION

- Todos tenemos cierta tendencia a emitir juicios de valor sobre las personas que se cruzan en nuestro camino. Nos commueve una primera impresión, un gesto, la manera de presentarse o de vestir de una persona, su aspecto físico, la simpatía inmediata que nos inspira, quizás incluso nuestra disposición interior en ese momento... Luego, evaluamos todo, clasificamos a la persona, le ponemos una etiqueta, decidimos si nos interesa o no, si confiamos o no en ella, si queremos o no profundizar vínculos con ella, si la dejamos o no entrar en el círculo de nuestras relaciones. Es posible que, muchas veces, nuestra “apreciación” sea objetiva y justa; pero también es posible que a veces nuestra “evaluación” sea prejuiciosa, injusta y superficial. Esto naturalmente nos lleva a pensar en los criterios que utilizamos para evaluar a las

personas que se cruzan en nuestro camino. ¿Cuáles son los criterios? ¿Qué decide nuestra aceptación o nuestro rechazo a acoger a las personas que la vida nos trae? ¿Buscamos “la verdad” de las personas más allá de las apariencias, o decidimos el “valor” de las personas en base a aspectos e impresiones superficiales?

•Por otra parte, a menudo nos vemos obligados a discernir si podemos confiar en determinadas personas y confiarles determinadas responsabilidades. Todas las personas tienen su valor y deben ser respetadas en su dignidad; pero cada persona tiene su propia manera de ser, sus características particulares, su propia manera de posicionarse en la vida, en el mundo y ante los demás hombres y mujeres. Antes de elegir a una persona a la que confiar una determinada tarea, debemos intentar conocerla, averiguar qué valores tiene, las características personales que la hacen apta para desempeñar un determinado papel, si es digna de nuestra confianza... ¿Cómo podemos hacer esta distinción? Jesús ben Sira nos da un “consejo” que es fruto de su experiencia de hombre “sabio”: escuchemos con atención lo que dice la persona en cuestión, las opiniones que expresa, los valores que aparecen en sus palabras. De la abundancia del corazón habla la boca. Tarde o temprano las palabras que alguien dice terminan revelando la verdad de su vida. ¿Intentamos escuchar, con paciencia y sin prejuicios, a las personas que establecen diálogo con nosotros? ¿Intentamos mantener un diálogo honesto, verdadero y atento con las personas que nos interesa conocer bien?

Salmo 91

R. ¡Qué bueno es darte gracias, Señor!
 ¡Qué bueno es darte gracias, Dios altísimo,
 y celebrar tu nombre,
 pregonando tu amor cada mañana
 y tu fidelidad, todas las noches! R.
R. ¡Qué bueno es darte gracias, Señor!
 Los justos crecerán como las palmas,
 como los cedros en los altos montes;

plantados en la casa del Señor,
 en medio de sus atrios darán flores. R.
R. ¡Qué bueno es darte gracias, Señor!
 Seguirán dando fruto en su vejez,
 frondosos y lozanos como jóvenes,
 para anunciar que en Dios, mi protector,
 ni maldad ni injusticia se conocen. R.
R. ¡Qué bueno es darte gracias, Señor!

1Corintio 15,54-58

Hermanos: Cuando nuestro ser corruptible y mortal se revista de incorruptibilidad e inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra de la Escritura: La muerte ha sido aniquilada por la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu agujón? El agujón de la muerte es el pecado y la fuerza del pecado es la ley. Gracias a Dios, que nos ha dado la victoria por nuestro Señor Jesucristo. Así pues, hermanos míos muy amados, estén firmes y permanezcan constantes, trabajando siempre con fervor en la obra de Cristo, puesto que ustedes saben que sus fatigas no quedarán sin recompensa por parte del Señor. Palabra de Dios.

AMBIENTE

El diálogo entre el cristianismo y las diversas realidades culturales que marcan la vida y la historia de los pueblos siempre ha presentado desafíos considerables. Nos encontramos con esta pregunta en los prime-ros días del camino cristiano, cuando Pablo de Tarso trajo el cristianismo al mundo grecorromano. La primera carta de Pablo a la comunidad cristiana de Corinto es quizás el escrito del Nuevo Testamento que mejor refleja este problema.

Corinto, ciudad nueva y próspera situada en la región del Peloponeso, servida por dos puertos marítimos, era la ciudad del libertinaje de todos los marineros que cruzaban el Mediterráneo y llegaban a sus puertos después de semanas pasadas en el mar. En Corinto estaban representadas todas las razas y todas las realidades sociales. En la época paulina, la población era de unas 500.000 personas, de las cuales dos tercios eran esclavos. La scandalosa riqueza de algunos contrastaba con la miseria de la mayoría.

En términos culturales, Corinto era un centro importante. Sin tener la fama de Atenas, la ciudad tuvo, sin embargo, un gran número de poetas, filósofos, oradores y médicos. Todas las escuelas filosófi-

cas y todas las culturas estaban representadas en la ciudad. Las excavaciones han descubierto varias bibliotecas.

La mezcla de razas y culturas también se notaba en términos religiosos. Corinto era un centro religioso donde estaban representados todos los cultos y religiones. El culto principal giraba en torno a Afrodita, diosa del amor, que tenía un gran santuario en la Acrópolis de la ciudad. Había numerosos grupos religiosos, o “Thiasoi”, con un líder a la cabeza. Las religiones orientales y las religiones místicas estaban representadas en el universo religioso de Corinto. Es en este terreno promiscuo donde nacerá y se abrirá camino la comunidad cristiana de Corinto.

Una de las propuestas cristianas que encontró resistencia entre los cristianos de Corinto fue la cuestión de la resurrección de los muertos. Influenciados por filosofías dualistas –entre las que destacaba la platónica– muchos corintios veían el cuerpo como una realidad negativa y el alma como una realidad ideal y noble. Admitieron que el alma, liberada del cuerpo, ascendería al mundo luminoso de las ideas; pero les costaba admitir que el cuerpo, realidad material, carnal y sensual, pudiera seguir al alma en su ascenso al mundo de Dios. Por eso consideraban que no tenía sentido hablar de la resurrección completa del hombre. Pablo afronta esta cuestión en 1 Cor 15. El texto que la liturgia de este domingo nos propone como primera lectura es la parte final de la reflexión de Pablo sobre este tema.

MENSAJE

Al final de la catequesis sobre la resurrección, Pablo reitera lo que explicó en detalle más arriba: la muerte ha perdido su dominio sobre el hombre, porque estamos destinados a la resurrección (cf. 1 Co 15,50-52). Cristo, el nuevo Adán, nos hizo vivir (cf. 1 Co 15,45-49). Pablo evita hablar de la manera en que tendrá lugar la resurrección; pero garantiza que sucederá. Evitando las imágenes fantasiosas que circulaban sobre este tema en círculos judíos, Pablo afirma sencillamente, con sobriedad, que “*en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al toque de la final trompeta, seremos transformados*” (1 Co 15,52). Nuestro ser corruptible se transformará en un ser incorruptible (cf. 1 Co 15,53-54). Comenzará la era definitiva del hombre, el tiempo de la vida que nunca termina. Para Pablo esto está fuera de toda duda.

La resurrección es algo tan decisivo para el ser humano que Pablo no puede evitar celebrarlo con un grito de alegría. Lo hace utilizando textos de Isaías (cf. Is 25,8) y de Oseas (cf. Os 13,14), a partir de los cuales compone un breve himno que celebra la victoria de Cristo y de los cristianos sobre la muerte: «*La muerte ha sido aniquilada por la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón??*» (1 Corintios 15:54-55). El pecado, la esclavitud, el egoísmo, la violencia, el odio, aliados de la muerte, han sido derrotados y ya no tendrán poder sobre el hombre: la resurrección de Cristo liberó a todos los creyentes del miedo a la muerte, pues demostró que no hay muerte para quien lucha por un mundo de justicia, de amor y de paz. Este canto de triunfo va acompañado de un obligado acto de acción de gracias a Dios, porque es Él, el Señor de la vida, «*que nos ha dado la victoria por nuestro Señor Jesucristo*» (1 Co 15,57).

La última palabra de Pablo es para invitar a los corintios –y a los creyentes de todas las edades– a permanecer “*firmes y permanecer constantes, trabajando siempre con fervor en la obra de Cristo,*” (1 Co 15,58). Es una invitación a no proyectar la resurrección sólo a un mundo futuro, sino a trabajar cada día para que la resurrección (como liberación del pecado, del egoísmo, de la explotación y de la muerte) sea una realidad viva en la historia de nuestra existencia. Obviamente, esto requiere que no nos quedemos de brazos cruzados y actuemos de una manera pasiva que aliena, sino que nos comprometamos verdaderamente con una transformación efectiva que traiga nueva vida a la humanidad y al mundo.

ACTUALIZACION

•Como todos los seres creados, nacemos, vivimos y morimos. Nuestro horizonte de vida, aquí en la tierra, tiene una fecha límite. Sin embargo, en lo más profundo de cada ser humano hay un enorme deseo de eternidad, de una vida que vaya más allá de la finitud que experimentamos. Aspiramos a una vida que no sea, en algún momento, destruida por la muerte. ¿Es la vida eterna sólo un sueño sin fundamento, una simple proyección de nuestro deseo de vida, o es una realidad que nos espera después del camino que ahora estamos recorriendo? Jesús creía en la vida eterna. Estaba seguro de que Dios no nos

creó para la muerte, sino para la vida. «*Nuestro Dios -dijo Jesús- no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven*» (Lc 20,38). Dios le dio la razón: cuando la muerte pensó que había logrado encerrar a Jesús en un sepulcro nuevo situado fuera de las puertas de Jerusalén, Dios lo resucitó. Al resucitar a Jesús, Dios demostró que la muerte nunca tendría la última palabra sobre la vida del hombre. Como Jesús, también nosotros estamos destinados a resucitar; al igual que Jesús, estamos destinados a vivir eternamente con Dios. ¿Creemos esto? ¿Qué significa la certeza de la resurrección en el horizonte de nuestra vida?

•La teología clásica asimiló el horizonte de comprensión de la filosofía griega, según el cual el mundo verdadero era el mundo sobrenatural; el mundo terrenal no era más que el lugar de la materia, de la ambigüedad, del pecado, de la imperfección; el alma anhelaba liberarse rápidamente de esta materia para ascender a la esfera de la vida plena, la vida de Dios... Sin embargo, el regreso a la mentalidad bíblica nos trajo otra conciencia, otra visión de todo esto: sabemos que el mundo nuevo que nos espera ya comienza a tomar forma en esta tierra y que debemos hacerlo aparecer cada día, en cada una de nuestras acciones. La resurrección comienza a tener lugar aquí y ahora. Creer en la resurrección es, por tanto, comprometerse en la construcción de un mundo más humano y más fraternal, buscando eliminar las fuerzas del egoísmo, del pecado y de la muerte que impiden, incluso en esta tierra, la vida en plenitud. Por eso dice el Concilio Vaticano II: «*La Iglesia enseña que la esperanza escatológica no disminuye la importancia de las tareas terrenas, sino que, más bien, refuerza con motivaciones nuevas su realización*» (Gaudium et spes, 21). ¿Nuestro deseo de una vida plena se traduce, mientras caminamos por la tierra, en la lucha contra el egoísmo, el mal, la violencia, la injusticia, el pecado, todo lo que trae muerte a la vida de los hombres y del mundo?

•Pablo está convencido de que “el segundo Adán” (Cristo) es un “espíritu vivificante” (1 Co 15,45). Convertirnos en discípulos de Cristo, conectarnos a Cristo como las ramas se conectan a la vid, vivir de Cristo y alimentarnos de Cristo es garantía de vida eterna. Ahora, en el día de nuestro bautismo, nos unimos a Cristo y nos convertimos en parte del Cuerpo de Cristo, la comunidad cristiana. Pero la conexión con Cristo debe renovarse, cultivarse y fortalecerse en cada paso de nuestro camino. ¿Buscamos, en cada momento, mantener una conexión con Cristo? ¿Escuchamos sus palabras y tratamos de dejar que nos guíen? ¿Conocemos los gestos de Cristo, su amor extremo, su estilo de vida y buscamos dar testimonio de todo ello a través de nuestro modo de vivir? ¿Nos sentamos con Cristo alrededor de la mesa eucarística, recibimos el Pan de Vida que Cristo nos ofrece y traducimos todo esto en gestos concretos de amor, de servicio, de compartir, de perdón, junto a los hermanos y hermanas que encontramos cada día?

Lucas 6,39-45

En aquel tiempo, Jesús propuso a sus discípulos este ejemplo: “¿Puede acaso un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en un hoyo? El discípulo no es superior a su maestro; pero cuando termine su aprendizaje, será como su maestro.

¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano y no la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo te atreves a decirle a tu hermano: ‘Déjame quitarte la paja que llevas en el ojo’, si no adviertes la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Saca primero la viga que llevas en tu ojo y entonces podrás ver, para sacar la paja del ojo de tu hermano.

No hay árbol bueno que produzca frutos malos, ni árbol malo que produzca frutos buenos. Cada árbol se conoce por sus frutos. No se recogen higos de las zarzas, ni se cortan uvas de los espinos. El hombre bueno dice cosas buenas, porque el bien está en su corazón, y el hombre malo dice cosas malas, porque el mal está en su corazón, pues la boca habla de lo que está lleno el corazón”. Palabra del Señor

AMBIENTE

El “sermón de la llanura”, presentado por Lucas en 6,17-49, es una larga “instrucción” que Jesús pretende para todos aquellos que estén interesados en conocer su proyecto. Se pronuncia ante una «*gran muchedumbre procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón*» (Lc 6,17), pero se dirige especialmente a los discípulos de Jesús. Define la conducta de un verdadero discípulo, de alguien

que quiere ser parte de la comunidad del Reino de Dios. El evangelista Mateo presenta un material similar, pero sitúa el discurso de Jesús en un contexto diferente: en un monte (cf. Mt 5,1-7,29).

El texto que la liturgia de este domingo nos presenta como Evangelio pertenece a la sección final del «sermón de la llanura» (cf. Lc 6,39-49). Lucas parece haber reunido aquí un conjunto de “frases” o “dichos” de Jesús que, originalmente, tenían un contexto diferente y fueron pronunciados en momentos diferentes. La unidad temática de esta perícopa se resiente un poco por esta combinación de diferentes materiales.

Detrás del marco en el que Lucas sitúa estas “frases” y “dichos” de Jesús se encuentra probablemente la situación de las comunidades cristianas a las que se dirige el tercer Evangelio. A mediados de los años ochenta del primer siglo, estas comunidades estaban siendo perturbadas por falsos maestros cristianos, ávidos de protagonismo, que presentaban una catequesis que no encajaba con las enseñanzas recibidas de Jesús. Lucas siente que es su deber advertirles del peligro de dejarse seducir por las falsas doctrinas que estos “maestros” proponían. Aceptar las propuestas que trajeron no condujo a ninguna parte.

MENSAJE

El texto tiene claramente dos partes. En el primero (vv. 39-42), el “discurso” de Jesús se construye sobre una serie de preguntas que “obligan” a los oyentes a evaluar y dar su propia respuesta a las “advertencias” que Jesús les deja.

Las dos primeras preguntas («*¿Puede acaso un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en un hoyo?* – v. 39) aparecen también en el Evangelio de Mateo. Allí se refieren a los fariseos y doctores de la ley, que pretenden ser guías del Pueblo de Dios, pero enseñan una religión legalista, hecha de gestos rituales vacíos y estériles, que no acercan a Dios ni hacen al hombre verdaderamente libre (cf. Mt 15,14). Sin embargo, en Lucas, estas mismas preguntas se refieren a las acciones de maestros cristianos arrogantes y engreídos que, con sus doctrinas personales, alejan a los creyentes de la verdad del Evangelio. Los discípulos de Jesús que escuchan a estos falsos maestros corren el riesgo de perder de vista a Jesús y desviarse del camino que conduce a la vida eterna. Cuando alguien presenta sus teorías o su propia doctrina y no las propuestas por Jesús, lo más probable es que esté llevando a sus hermanos por caminos que no llevan a ninguna parte. En lugar de conducir a sus hermanos a la luz, los condena a vivir en la oscuridad. Los discípulos no deben olvidar esto: el único “maestro” a quien deben seguir con los ojos cerrados, sin condiciones, con total disponibilidad, es Jesús mismo. Las propuestas, sugerencias e indicaciones de otros “maestros” sólo deben aceptarse como válidas si están en línea con el Evangelio de Jesús (v.40).

Las dos preguntas siguientes (“*¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano y no la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo te atreves a decirle a tu hermano: ‘Déjame quitarte la paja que llevas en el ojo’, si no adviertes la viga que llevas en el tuyo?* – v. 41-42), aunque abordan un tema ligeramente diferente, deben referirse también a la acción de estos “falsos maestros”, orgullosos y autosuficientes, que se presentan como dueños de la comunidad y una referencia para sus hermanos. Son personas llenas de certezas y seguridad, que “nunca se equivocan y rara vez tienen dudas”, que imponen sus convicciones a los demás, que pasan la vida evaluando el comportamiento de los demás, juzgándolos y condenándolos. Se consideran “ilustrados” y actúan con “tictac” de autoritarismo, intransigencia e intolerancia; no conocen el amor, la bondad, la misericordia, la comprensión. Además, son incapaces de aplicar a sí mismos los mismos criterios de exigencia que aplican a los demás. Tienen “techos de cristal”, pero no ven sus errores, por graves que sean; sólo ven los defectos de los demás. En la comprensión de Jesús, quienes actúan de este modo son (la palabra es dura, pero no podemos “blanquearla”) “hipócritas”: el término no sólo designa al hombre engañoso, falso, cuyas acciones no corresponden a sus pensamientos y palabras, sino que equivale al término arameo “**hanefa**” que, en el Antiguo Testamento, ordinariamente significa “malo”, “impío”. ¿Puede un verdadero discípulo de Jesús ser “malvado” e “impío”? En la comunidad de Jesús no hay lugar para estos “jueces” intolerantes e intransigentes, que siempre buscan la más mínima falta en los demás para condenar, pero que no se preocupan de los errores y faltas –a veces mucho más graves– que ellos mismos cometen. Desde la perspectiva de Jesús, quien no está en una actitud permanente de conversión y transformación de sí mismo no tiene autoridad para criticar a sus hermanos.

En la segunda parte del Evangelio de este domingo, Jesús presenta los criterios para discernir quiénes, dentro y fuera de la comunidad cristiana, son “buenos maestros” o “falsos maestros” (vv. 43-45). Jesús utiliza dos breves paráolas para ejemplificar su pensamiento: en la primera habla de árboles buenos que dan frutos buenos y de árboles malos que dan frutos malos (vv. 44-44); en el segundo, habla del corazón del hombre, de donde vienen buenos o malos sentimientos, buenos o malos pensamientos, buenos o malos gestos, buenas o malas palabras. En este contexto, parece necesario vincular los “buenos frutos” con la verdadera propuesta de Jesús: quien tiene el corazón lleno del mensaje de Jesús y lo testimonia fielmente con palabras y gestos, da buenos frutos; y este mensaje sólo puede generar unidad, fraternidad, compartir, amor, reconciliación, vida nueva. Pero cuando las palabras o los gestos de un “maestro” generan división, tensión, desorientación, enfrentamiento en la comunidad, heridas que causan sufrimiento, revelan un corazón lleno de egoísmo, de orgullo, de amor propio, de arrogancia, de autosuficiencia: cuidado con estos “maestros”, porque no son verdaderos.

ACTUALIZACION

- Entre los diversos temas que Jesús abordó en aquella sesión de “formación” para los discípulos, que es el “sermón de la llanura”, está el tema de la confianza que podemos o no tener a la hora de apostar por líderes humanos. ¿Se trata de vivir permanentemente desconfiado, olfateando “teorías conspirativas” por todas partes? ¿Se trata de vivir a cada paso como prisioneros del miedo a ser engañados, como si la mentira y el engaño estuvieran acechando en cada esquina, dispuestos a aprovecharse de nosotros? ¿Se trata de mirar el mundo como un espacio hostil, lleno de personas que sólo quieren hacernos daño y que están siempre dispuestas a atacar nuestra fe, nuestras convicciones, nuestros valores? No, no se trata de eso en absoluto. Se trata de vivir con criterios, de tener claras las ideas de lo que queremos y de caminar, serena pero decididamente, hacia la verdad, la luz, una vida con sentido. ¿Somos personas atentas, con sentido crítico, que sabemos hacia dónde vamos, que no nos dejamos manipular, que confiamos en los demás, pero que también tratamos de evaluar con atención lo que escuchamos y vemos mientras caminamos?

- “¿Puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en algún pozo? – nos pregunta Jesús. No todos aquellos que se proponen ayudarnos a discernir el camino que conduce a la vida son “ciegos”; pero siempre hay personas que se erigen en “guías”, líderes, “maestros”, que nos muestran caminos sin salida. A veces se debe a la ignorancia y a la falta de preparación; otras veces es para llevar a cabo tus proyectos y tus calendarios personales; y a veces es para aprovecharse de nosotros. Cuando nos dejamos guiar por tales “guías” –ya sean “guías” políticos, “guías” religiosos, o “guías” de opinión que pretenden decirnos qué hacer para adecuar nuestro comportamiento a las modas y costumbres vigentes–, según Jesús, el resultado más probable es que tropecemos, nos hagamos graves heridas y no lleguemos a ninguna parte. Pueden, con sus indicaciones inadecuadas, llevarnos a fracasar completamente en nuestro camino. ¿Conocemos algún “guía” como éste? ¿Estamos dispuestos a poner nuestras vidas, a la ligera e irresponsablemente, en manos de alguien que nos señala la dirección equivocada?

- “¿Por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano, y no prestas atención a la viga que está en tu propio ojo? ¿Cómo puedes decir a tu hermano: “Hermano, déjame sacarte la paja del ojo”, cuando tú mismo no ves la viga que está en tu propio ojo? – nos pregunta Jesús. Es cierto: hay personas que se pasan la vida evaluando, señalando lo malo, poniendo etiquetas, criticando a los demás. Juzgan y condenan sin piedad y sin compasión. Son duras y amargas; no conocen ni perciben la bondad y ternura de Dios para todos sus hijos. Por otro lado, no se detienen ni un minuto a mirar sus propios defectos, que a menudo son más graves que los que señalan en los demás. Exigen a los demás un cambio que ellos no están dispuestos a realizar cuando se trata de su propia vida. Jesús los llama “hipócritas”: son, en opinión de Jesús, personas falsas, malas, perversas. ¿Se aplica esto a nosotros de alguna manera? ¿Cómo afrontar los fallos, los errores, las pequeñas y grandes imperfecciones de los hermanos que caminan a nuestro lado? ¿Somos tan exigentes con nosotros mismos como con los demás?

- Otro rasgo de quien sólo ve la “astilla” en la visión de su hermano, pero no ve la “viga” que obstaculiza su propia visión del mundo y de los demás, es la arrogancia. Tratan a los demás con altivez y consideran que sólo ellos saben el bien y el mal, lo que está mal y lo que está bien, lo que se debe permitir

y lo que se debe prohibir. Son personas de absoluta seguridad, llenas de presunción, con “tics” autoritarios. Imponen a los demás sus opiniones, valores, convicciones y su propia manera de ver el mundo y la vida. En la comunidad cristiana se establecen preceptos, exigencias, prácticas que Jesús nunca soñó y que, en muchos casos, contradicen el Evangelio y el estilo de Jesús. Se consideran las únicas voces autorizadas de Dios y buscan “vender” su propia imagen de Dios a los demás. ¿Se aplica esto a nosotros de alguna manera? ¿Tratamos de imponer a los demás nuestras certezas, sin dejarnos interpelar por las diferentes visiones que los demás puedan tener sobre la fe o la vida?

•Jesús nos habla también de “frutos buenos” y “frutos malos” que brotan de las palabras y de los gestos de las personas. Nos lleva al interior del ser humano, al “corazón”, en la antropología semítica el centro donde nacen los pensamientos, proyectos, decisiones, deseos y acciones del hombre. El egoísmo, la intolerancia, el orgullo, la indiferencia nacen de un corazón malo, cerrado a Dios y a sus instrucciones; la bondad, el amor, la misericordia, el compartir, el perdón, brotan de un buen corazón, que trabaja al ritmo de Dios. En las palabras de Jesús hay una llamada implícita a purificar y renovar nuestro corazón, a convertirnos al Evangelio y al dinamismo del Reino de Dios. ¿Vivimos en una actitud permanente de conversión, dispuestos a cuestionar nuestras motivaciones, nuestros deseos, nuestros pensamientos, nuestras certezas, nuestras prácticas?

•Hay un criterio sencillo para definir si las indicaciones que recibimos de los “guías” o “maestros” que encontramos son justas o equivocadas, útiles o perjudiciales: la consonancia con el Evangelio, con la propuesta de Jesús. Jesús es nuestro verdadero “maestro”, nuestro verdadero “guía”. Una recomendación que lleva la marca de Jesús y que está en línea con los valores que Jesús propuso, con sus palabras y sus gestos, es una recomendación que nos hace bien, que nos abre las puertas a una vida plenamente realizada; una indicación que va contra el Evangelio y que va contra el “estilo” de Jesús, es algo que no nos hará ningún bien y que podría llevarnos a caminos sin salida. ¿Es el Evangelio de Jesús, para nosotros, un criterio para definir los valores que abrazamos o abandonamos?